

CAPÍTULO II.

EL IMPERIO DE LOS GODOS. — TEODORICO.

§ I. — Extension del Imperio.

Teodorico es uno de los grandes hombres de la Europa bárbara; héroe de las tradiciones populares, ha sido admirado por los historiadores y los filósofos. El Senado y el pueblo de Roma creían ver en él un segundo Trajano. Un escritor del Bajo-Imperio no vacila en colocar al jefe bárbaro al mismo nivel que el mejor de los príncipes que llevaron el título de Augusto (1). Herder le compara con los Antoninos; siente que su imperio haya sido tan prontamente destruido y que Carlo-Magno haya presidido á la reconstitucion de la Europa más bien que el rey de los Godos (2).

No quisiéramos comparar con Trajano y Marco Aurelio al príncipe que hizo perecer á Odoacro, á quien habia prometido la vida, al príncipe cuyo reinado se manchó con el asesinato de Boecio. Es verdad, sin embargo, que el rey de los Godos tenía algo del genio romano. Educado en Constantinopla, tomó desde la infancia gusto á la civilizacion antigua; la ciudad imperial, que estaba aún en todo su esplendor, hizo sobre el jóven bárbaro la misma impresion que sobre el viejo Atanarico. Teodorico es un hombre de la antigüedad bajo el traje de un godo; el Imperio es su ideal. Pero habia llegado el tiempo en que las tribus germánicas,

(1) PROCOP., *de Bello Goth.*, 1, 2.

(2) HERDER, *Ideen*, XVIII, 2.

cansadas de vivir á sueldo de los Césares, procuraban establecerse permanentemente en el suelo que sólo ellos eran capaces de cultivar y de defender. Teodorico, fascinado por la grandeza aparente de las instituciones romanas, pensó en establecer el imperio de Occidente para la raza bárbara.

«Teodorico, dice *Voltaire*, fué tan poderoso como Carlo-Magno; sin tomar el título de emperador, que hubiera podido abrogarse, ejerció sobre los Romanos exactamente la misma autoridad que los Césares.» A decir verdad, su dominacion era más bien el germen de un imperio que un imperio verdadero. La Italia formaba el núcleo de la monarquía de los Godos; pero las circunstancias que acompañaron á la conquista dejaron algo de ambiguo en la posicion de su rey. Antes de emprender su expedicion contra Odoacro, Teodorico era dignatario del Imperio; la guerra de Italia se concertó con el Emperador de Constantinopla. En un discurso que le atribuye *Jornandes*, el jóven jefe dice á Zenon: «Roma, la capital del mundo, ha llegado á ser presa de los Rugios y de los Turcilingos. Ordéname marchar contra ellos con mi nacion. Si soy vencedor, consideraré mi conquista como beneficio vuestro; porque conviene que yo, que soy vuestro servidor y vuestro hijo, tenga como dón vuestro este reino.» La victoria fué favorable á los Godos; Teodorico tomó la púrpura, pero con consentimiento de Zenon (1). Habia en estas primeras relaciones de Teodorico y del Griego como un vínculo de vasallaje. El Rey de Italia continuó reconociendo al Emperador como su señor. De hecho obraba como soberano independiente; los emperadores de Oriente no tenían más poder real en Italia que en las Galias. Pero la prudencia obligaba á Teodorico á mostrarse á los Romanos como investido de la autoridad imperial; se contentó con el título de rey (2), confiando en el porvenir para el desarrollo de su poder. Si su poder real se hubiera mantenido, la corona imperial no hubiera faltado á sus sucesores.

El Imperio no podia restablecerse tal como existia en tiempo de los Césares romanos. Los Bárbaros lo habian invadido; el que as-

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 57.

(2) PROCOP., *de Bell. Goth.*, I, 1.

piraba á la dignidad imperial debia ante todo dominar las tribus germánicas acampadas en las provincias de Occidente. Teodorico no tenía genio conquistador; se creó una especie de hegemonía sobre el mundo bárbaro por el ascendiente de su carácter, por sus alianzas y negociaciones. El Rey de los Godos encontró un poderoso apoyo en la raza de que mandaba una de las ramas. Antes de las conquistas de los Francos, los Visigodos eran los más poderosos de los Germanos; ocupaban todo el territorio de la Galia situado al Sur del Loire y al Oeste del Ródano. La caída del Imperio y la usurpación de Odoacro despertaron la ambición de todos los Bárbaros; los Godos se apoderaron de España, y se creían ya dueños de la Galia. Por los vínculos de la sangre, los Visigodos eran los aliados naturales de Teodorico; podia esperar que las dos tribus se reunieran un día bajo un mismo jefe, y que la *Gotia* reemplazase á la *Romanía*, como lo habia ambicionado Ataulfo. Pero habia un obstáculo para la realizacion de este gran designio; los Godos eran acosados por todos lados por enjambres de Bárbaros que se arrebatában los jirones del Imperio; Teodorico trató de unirlos por alianzas de familia. Adivinó el genio aventurero de Clodoveo; creyó, casándose con la hermana del joven conquistador, unir los dos pueblos que iban á disputarse la dominacion del Occidente. Los Vándalos eran arrianos como los Godos; la comunidad de creencias formaba un vínculo poderoso; Teodorico lo fortificó dando en matrimonio su hermana á su rey. Casó á su sobrina con el jefe de los Turingios y á sus hijas con los reyes de los Borgoñones y de los Visigodos. Gracias á estas alianzas, la Europa bárbara llegó á ser como una gran familia, en la cual Teodorico, dueño de Roma, ocupaba el primer lugar.

El historiador de los Godos, orgulloso del gran hombre que ilustró á su raza, dice que todos los pueblos del Occidente estuvieron bajo la dependencia de Teodorico, ya como amigos, ya como súbditos (1). Sometió con las armas á las naciones bárbaras próximas á Italia; su humanidad despues de la victoria le atrajo los vencidos, y extendió á lo lejos la gloria de su nombre (2). El

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 58.

(2) El obispo ENNODIUS escribe al Papa Símaco: «Habeis sabido los afortu-

jefe de los Herulos, pueblo semi-salvaje del Norte de la Germania, solicitó la amistad de Teodorico; el Rey de los Godos le elevó al rango de sus hijos, confiriéndole la adopción por las armas (1). Los Estianos, que habitaban las costas del Báltico, vinieron á depositar el ámbar de sus playas á los piés de un príncipe cuya reputacion les habia determinado á emprender un viaje de mil quinientas millas á traves de países desconocidos. Teodorico se aprovechó de aquella diputacion para extender sus relaciones y su influencia: «No dejéis que se cierren, dijo á los embajadores, los caminos que vuestra confianza os ha abierto desde tan lejos hasta nosotros.... Buscadnos cada vez más.... La amistad de los príncipes poderosos es útil á toda nacion» (2). El Rey de los Godos tenía una correspondencia no interrumpida con la region del Norte, donde tenía origen su nacion. Un jefe de la isla lejana que se designaba con el nombre vago de Thulé, encontró un asilo en la corte de Rávena. Los Romanos supieron con asombro que habia una comarca en la que durante cuarenta días el sol cesaba de animar la naturaleza, época de luto que se acababa con la reaparicion del astro vivificador cuya desaparicion se deploraba (3).

Se ve que Teodorico debia á la política y al ascendiente de la civilizacion, más que á las armas, la influencia de que gozaba en el mundo bárbaro. Lo que era causa de su grandeza llegó á ser un principio de debilidad y de decadencia. Cuando los Godos tuvieron que luchar con un pueblo conquistador, las negociaciones y la superioridad intelectual no bastaron para someter á los Bárbaros: era necesaria la fuerza. Al mismo tiempo que Teodorico, apareció en la escena del mundo un jefe bárbaro que estaba lejos de igna-

nados sucesos que han ocurrido á nuestro digno monarca, á este príncipe cuya vida debieran prolongar nuestros votos si el cielo los escuchase. Veis que da sus órdenes á la victoria, la cual vuela allá donde le dice que vaya..... El odio más antiguo, las animosidades hereditarias no sobreviven á la guerra. Se ve, al mismo tiempo, cuán terrible es en los combates, y cuán lleno de dulzura se muestra para aquellos que se someten á él.» (*Ennodii, Epist. IX, 30.*)

(1) CASSIODORO (*Var.*, IV, 2) describe las formalidades de aquella costumbre guerrera.

(2) *IBID.*, *Var.*, V, 2.

(3) GIBBON, c. XXXIX.

lar al Rey de los Godos por la cultura del espíritu; pero Clodoveo poseía el genio conquistador de que carecía su émulo. Los Francos realizaron los ambiciosos designios que Teodorico había concebido.

§ II. - Decadencia del imperio de los Godos.

Tal era la dominación de Teodorico; había en su monarquía el germen de un poderoso imperio. Es verdad que los Godos no se habían librado completamente de los vínculos que los unían á los Césares de Constantinopla; pero la dependencia era más nominal que real; la Europa bárbara no podía dejar de escaparse de las manos impotentes de los emperadores bizantinos. Es verdad también que la nación de los Godos era un cuerpo con dos cabezas, pero la reunión de los Ostrogodos y de los Visigodos estaba en el curso natural de las cosas; la más poderosa de las dos tribus debía acabar por absorber á la otra. Teodorico reinaba en el mundo bárbaro por su genio; este poder moral podía trasformarse en una supremacía duradera. Cuando se comparan estos elementos de poder con los débiles comienzos de la monarquía de los Francos, todas las probabilidades parecen estar en favor de los Godos; sin embargo, el imperio de los Godos cayó con Teodorico, mientras que la muerte de Clodoveo no detuvo la marcha invasora de los Francos. ¿Cuál fué la causa de esta rápida decadencia?

La cuestión ha preocupado á los historiadores; han buscado la solución en circunstancias accidentales ó exteriores. No faltó á Teodorico, dicen los unos, más que un hijo al cual pudiese transmitir su dominación; si la fortuna le hubiera dado un heredero, la gloria de restablecer el Imperio de Occidente hubiera pertenecido á los Godos (1). Otros ven en la extensión irregular del reino gótico la razón de su debilidad: ¿cómo mantener una monarquía cuya capital estaba en Italia y que tenía posesiones en las Galias, en la

(1) SISMONDI, *Historia de la caída del Imperio romano*, t. I, c. 9.

Pannonia y la Dalmacia? (1). No creemos que pequeñas causas produzcan grandes efectos. El porvenir de la Europa estaba comprometido en la lucha de los Godos y de los Francos. Si éstos triunfaron á pesar de su aparente inferioridad, es porque la monarquía de Teodorico estaba minada por vicios que hacían inevitable su disolución.

La caída de la dominación de los Godos es debida á causas políticas y religiosas. Teodorico no quería fundar un imperio germánico; su ambición era continuar el imperio romano. Roma ejercía sobre él tal influencia, que mantuvo todas las instituciones, áun los abusos, áun los vicios del régimen imperial (2). Las exacciones del fisco habían arruinado las provincias; las poblaciones se habían extinguido en la corrupción y la ociosidad; los Bárbaros tenían la alta misión de regenerar aquel cuerpo consumido y moribundo. ¿Contaba Teodorico con devolver la vida moral á los Romanos proporcionando *pan y juegos* á los habitantes de Roma? (3). ¿Pensaba devolver la vida física á las provincias perpetuando el despotismo del Imperio? Los Bárbaros estaban llamados á destruir la unidad romana, á reemplazar aquella asociación forzada con naciones libres é independientes. Las tribus germánicas y los Romanos formaban los elementos de aquellas naciones; vencedores y vencidos debían, pues, confundirse en una sola raza. Este trabajo de fusión se hizo instintivamente, y por la acción del tiempo, en los países conquistados por los Bárbaros. Teodorico obró según un sistema contrario. En los últimos siglos del Imperio los Bárbaros componían solos el ejército, mientras que los Romanos ejercían las funciones civiles. Teodorico mantuvo este estado de cosas. Nada se había cambiado, pues, en el Imperio, salvo que los Godos, de auxiliares, se habían convertido

(1) LUDEN, *Allgemeine Geschichte*, t. II, § 80.

(2) Una carta de Atalarico prueba que en nada se había cambiado la opresión, por mejor decir, la esclavitud que pesaba sobre los curiales (CASSIODORI, *Var.*, VIII, 31).

(3) Se ve por las cartas de CASSIODORO que Teodorico daba gran importancia á los juegos: «La alegría de los pueblos, dice el retórico latino, es la señal de la prosperidad de los tiempos.»

en amos. Teodorico no quería que los hijos de su raza frecuentasen las escuelas: «El que ha temblado bajo el látigo, decía, nunca verá una espada sin temblar» (1). Así los Godos debían conservar su individualidad germánica (2) y los Romanos la antigua civilización. ¿Cómo, con semejantes ideas, podía verificarse la fusión de los dos pueblos?

Se ha dicho que había en esta organización una idea que no es indigna del genio de Teodorico. No quería que los Godos ejerciesen una dominación brutal sobre los Romanos; otorgó á los vencidos un lugar honroso, el mismo que habían ocupado en tiempo de los emperadores. Dos pueblos que tenían cualidades diferentes, debían tener también una esfera diversa de acción: los Bárbaros, las virtudes de la guerra: los Romanos, las ocupaciones de la paz. Creemos que este ideal es falso. Los Bárbaros no habían venido para mantener servilmente las instituciones romanas; habían venido para destruirlas. Por su parte los vencedores no podían conservar las costumbres y los hábitos que los distinguían en los bosques de la Germania. Los Germanos y los Romanos debían, mediante su fusión, fundar una sociedad nueva; tal era la misión de los Bárbaros. Teodorico la desconoció, haciendo coexistir en su reino los vencedores y los vencidos, como á dos razas que tienen distinta vocación; la desconoció manteniendo intacta la civilización romana al lado de la bárbara germánica. Esto era querer una cosa imposible y contraria á los designios de la Providencia.

El tiempo y la fuerza de las cosas hubieran quizás corregido los errores de Teodorico; la fusión de las razas se hubiera hecho, si la dominación de los Godos se hubiese mantenido. Pero la oposición religiosa entre los vencedores y los vencidos impidió á los Godos arraigarse en Italia. Teodorico era arriano; los reyes bárbaros á quienes estaba unido, los Visigodos, los Vándalos y los Borgoñones, eran arrianos como él. Jefe de aquella confederación, Teodorico llegó á ser en cierto modo el representante del arrianismo, mientras que sus súbditos romanos eran ortodoxos. En una edad en

(1) PROCOF., *de Bell. Goth.*, 1, 2.

(2) *Edict. Theod.*, § 32: «*Barbari, quos certum est Reipublicæ militare.*»

que la vida se reconcentraba en la religión, era imposible á conquistadores arrianos fundar una dominación duradera sobre un pueblo católico. No es que Teodorico hiciera violencia á la fe de los Romanos. Se distinguía, por el contrario, por un espíritu de humanidad digno de los tiempos modernos. Los católicos gozaban de entera libertad, pero nada les garantizaba este estado de cosas. En efecto, los reyes Vándalos ejercían las persecuciones más odiosas contra sus súbditos ortodoxos, y los Visigodos eran igualmente intolerantes. Hubiera bastado un cambio de soberano para arrebatar á la Iglesia italiana la libertad que el genio de Teodorico le dejaba. Había en esto gérmenes de discordias que hacían imposible la unión entre los Godos y los Romanos.

Viviendo aún Teodorico, la división estuvo á punto de estallar. Habiendo publicado el emperador Justino un edicto contra los arrianos, el rey de los Godos obligó al Papa á pedir plena libertad para el arrianismo. ¡El jefe de la Iglesia ortodoxa, obligado á solicitar en favor de una herejía! Teodorico chocaba por todas partes con lo imposible; quería imponer la tolerancia á una Iglesia necesariamente intolerante. El rey se enajenó los ánimos de sus súbditos, que no vieron ya en él sino un Bárbaro y un hereje. ¿Debemos asombrarnos de que Belisario fuera recibido por los Italianos como un libertador? (1)

Se ha lamentado la caída de la monarquía de Teodorico. Si se hubiera mantenido, dicen, hubiera asegurado la unidad de Italia; mientras que la conquista de los Lombardos vino á ser el principio de una desmembración que se ha perpetuado hasta nuestros días (2). No podemos participar de estos sentimientos. Todas nuestras simpatías se hallan á favor de una Italia libre é independiente, pero la unidad era imposible con la dominación de los Godos; la división estaba en las creencias, en las instituciones, en las costumbres. Tampoco nos lamentamos con Herder de que Carlo-Magno haya presidido á la organización de la Europa occidental en lugar de Teodorico; porque la reconstitución del imperio

(1) PROCOF., *de Bell. Goth.*, 1, 8.

(2) DU ROURE, *Historia de Teodorico*, Prefacio.

por los Bárbaros era una obra sin porvenir; presentaba juntamente los inconvenientes del despotismo romano y de la barbarie germánica. La unidad bárbara no tenía más que una misión de circunstancias, y era la de propagar el cristianismo en el norte de Alemania y fundar el Pontificado. Ahora bien, la dominación de los Godos arrianos, en lugar de favorecer la extensión del cristianismo y el establecimiento de la unidad católica, se oponía á ellos; su caída era pues providencial.

CAPÍTULO III.

EL IMPERIO DE LOS FRANCOS.

§ I.—Misión de los Francos.—Los Francos y el catolicismo.

«La religión es el fin de todos los designios de Dios sobre la tierra.» (1). En efecto, la religión comprende todo el destino del hombre, tanto sus relaciones con sus semejantes como sus relaciones con Dios. La grandeza y la decadencia de los imperios, la misión de las naciones tienen una relación íntima con el nacimiento y la propagación de las doctrinas religiosas. Esta gran verdad resplandece con evidencia en la historia de las invasiones germánicas. En apariencia, el mundo está entregado á la fuerza bruta; la bella civilización de la Grecia y la poderosa unidad de Roma dejan paso á un caos, en el cual se agitan confusamente pueblos semi-salvajes. En realidad esta confusión oculta la ruina de una religión antigua y el establecimiento de una religión nueva. Si la antigüedad se hunde á pesar de su brillante cultura, es porque descansa sobre el politeísmo. Si los Bárbaros llegan, es porque son auxiliares de Jesucristo. Entre estos Bárbaros hay un pueblo elegido: destruye la herejía arriana que amenaza á la unidad y á la existencia misma de la Iglesia; presta el apoyo de su poder á los misioneros que van á convertir á los pueblos del Norte; sus conquistas son conversiones á mano armada; domina sobre la Europa, pero es para fundar el pontificado; cuando la unidad de la

(1) MASSILLON.